

PROFETA EN SU TIERRA: UN POEMA CLANDESTINO DESDE CHILE

Ariel Dorfman

I

Para enfrentarse, en forma creadora y original, a la poesía que ha surgido en Chile a partir del golpe del 11 de setiembre de 1973, habría que variar ante todo la perspectiva habitual con que la crítica suele preocuparse de la literatura, debido a que la característica quizás más interesante de esa nueva producción es que, en su gran mayoría, ha sido generada por personas que hasta la fecha jamás se habían dedicado a la palabra escrita ni nada que se le pareciera, es decir, por no profesionales que difícilmente se autocalificarían de "escritores".

Las razones de este fenómeno son diversas, y permanecerán seguramente en la nebulosa de una que otra hipótesis, pero podemos adelantar algunas de las más probables. La emigración forzosa de muchos asiduos entusiastas de las letras dejó tras sí un vacío que no llenaron los escritores que pudieron quedarse en el país, quienes guardaron en general un discreto silencio que sólo en el año 1977 comienza a ser interrumpido, no pudiendo romper tan bruscamente con la continuidad pública de su propia obra anterior. Pero más que nada se debe, creemos, a que una catástrofe termina por sensibilizar a los sobrevivientes, los lleva a introspeccionarse, a remover en su dolor, a replegarse sobre la propia mirada, y simultáneamente ir revalorizando el sentido de la comunicación que ahora les es negada. Privados de las formas acostumbradas de vínculo humano, sintieron el apremio de inventárselas ellos mismos. Tal vez otros, buceando en un lenguaje que no fue brújula ni pudo evitar la derrota, buscaron cambiar allá, en lo que estaba más a mano, más a boca diríamos, en lo más cercano e íntimo, lo que no había andado —ni hablado— bien.

Naturalmente, no descartamos la posibilidad de que estos mismos aficionados siempre hayan estado ejerciendo la escritura en su particular reducto, y que lo que ha variado es más bien la forma en que ahora se canalizan esos productos o nuestra propia inclinación por obras que estén menos marcadas por una disposición elitista. Es cierto que el criterio de selección de lo que cruza hasta el exterior de Chile se ha visto modificado, puesto que las formas tradicionales de distribución (a través del mercado o por medio de mecanismos paralelos ligados a pequeños circuitos literarios) han sido sustituidas por grupos políticos organizados que han estado escasamente vinculados en el pasado con el movimiento poético conocido del público lector. Por otra parte, no es me-

nos cierto que la situación del país ha influido sobre los críticos mismos, quienes tenemos mayor afán por descubrir las leyes y la resonancia de la poesía no profesional, por el acceso a la palabra de grupos relativamente inexpertos o poco conocedores del “oficio”.

Sea como fuere, no cabe duda de que el golpe ha significado —en el campo de la producción, como en el de la distribución y el de la crítica misma— una desprofesionalización de la literatura, la aparición de nuevos practicantes del arte. Es un fenómeno, por lo demás, similar al que se encuentra en otras áreas de la vida chilena, como son la sindical, la política, etc.

Sin querer profundizar en el tema, es evidente que muchas personas que antes satisfacían su necesidad de comunicación por medio de su acción cotidiana, su quehacer político a la luz del día, su intercambio con los demás, su expansión oral, su diálogo abierto, se han puesto a escribir para suplir esa urgencia que ahora se ve torcida sino bloqueada por las condiciones vigentes en su país. A la vez, tal incremento de la producción no profesional, debe ser el fruto del alto grado de dignidad humana propia alcanzado durante los tres años del gobierno de la Unidad Popular, culminación a su vez de todo un proceso de democratización de la vida nacional, lo que significa que amplias capas se sentían plenamente partícipes de la historia, y que esta experiencia —al verse cortada violentamente— requiere otras direcciones, que pueden bien ser artísticas, para manifestarse¹. No se trata, por lo tanto, de un sector iletrado o al margen del consumo de cultura. No hay que confundir este fenómeno con el acceso de las “masas” a la expresión escrita, puesto que en ese terreno ha habido un retroceso brutal a partir del golpe. Lo importante es que hombres y mujeres (que pueden tener una considerable nivel educacional, como debe ser el caso del autor del poema que comentamos en este ensayo) que poseían una escasa práctica poética anterior, que no pertenecían a grupos o subgrupos usuales de productores de letras, hayan sentido el apremio de exteriorizarse en el lenguaje escrito, trayendo problemas y códigos lingüísticos, sino ausentes, al menos distantes, de los prevalecientes en la antologías y compilaciones de lo que llamamos la “actualidad”.

Tenemos múltiples casos que analizar, y será tema de otros trabajos nuestros hacerlo. Hay poesía, cuentos y obras teatrales de campos de concentración, hay jóvenes literatos que nacen al ojo y oído ajeno en talleres clandestinos de literatura, hay obras sueltas que transitan por las vías más inverosímiles hasta el exterior o que circulan manuscritas dentro de reducidas fronteras amicales.

El poema que vamos a examinar detalladamente, sin embargo, no proviene de ninguno de los rubros mencionados. Se llama “Pronto Abri- rá El Pueblo La Puerta”, y casi nada se sabe de Eloy Diego, su autor: que es militante de uno de los partidos de la Unidad Popular, que es activo en la resistencia dentro de Chile, que no se le conoce producción estrictamente literaria anterior. No parece necesario advertir que Eloy Diego es un seudónimo².

1. Preparamos un ensayo sobre el testimonio chileno de los últimos años en que abordamos este problema.

2. Después de la aparición del poema que analizamos, se ha publicado en el interior de Chile, en un libro íntegramente impreso y distribuido allá, un larguísimo poema épico del mismo autor en *Ediciones Nueva Democracia*, llamado *Voces*

Su caso interesa no sólo por la particular calidad de su verso, sino porque este poema ha sido publicado en el segundo número (enero, febrero, marzo, 1976) de la revista ilegal "Umbral". Esta revista está editada por el *Centro de Estudios Democráticos* y, a diferencia de otros órganos clandestinos, no pertenece a partido político alguno. Ahí participan figuras de la Unidad Popular, de la Democracia Cristiana y de sectores independientes, que buscan un sitio para concordar, dialogar y discutir entre sí³. Se trata, por lo tanto, de un poema que, compuesto por un revolucionario que profesa ideas marxista, tiene por objeto alcanzar un público más vasto y diferenciado.

De todas maneras, hay que mencionar de antemano que esta poesía puede parecernos a veces "anticuada" o "tradicional". Es uno de los problemas de enfrentarse en tanto experto a este tipo de obras. Eloy Diego no elabora su visión dentro de las corrientes que están de moda hoy en la mejor poesía hispanoamericana contemporánea, que es, por lo demás, la que nos gusta a quienes escribimos este ensayo. Este poeta parece haberse quedado en una cierta tradición nerudina, faltando las tendencias más sobresalientes y desgarradoras de la nueva generación. Casi no encontraremos lenguaje coloquial, hay poca referencia a la vida concreta, ninguna ironía, y el punto de vista y el narrador están fijos y rígidos, sin fluctuaciones dramáticas. Tampoco hay experimentos lingüísticos, no se individualiza el hablante, hay escasa aventura sensual, la poesía no busca la participación del lector y no están presentes personajes o circunstancias históricas contingentes. Incluso podemos afirmar que se arraiga en formas más "líricas", rehuendo innovaciones espectaculares. Como nada sabemos de la biografía o antecedentes del poeta, como no disponemos de su obra (inexistente), de sus preferencias (escondidas), difícilmente podemos señalar las causas de esta marginación de la práctica literaria vigente en nuestro continente. ¿Necesidad de la solemnidad épica, panorámica, de los versos? ¿Contagio de un lenguaje algo abstracto y lejano que prevalece en la vida cotidiana chilena de hoy? ¿Mero desconocimiento de la tradición poética prevaleciente? ¿Propósito de mantenerse dentro de los límites que el grueso público entendería automáticamente por poesía, eligiendo las formas más simples y sencillas viables?

No tenemos las armas con que el crítico puede, por lo general, intentar una respuesta a estas interrogantes. Por nuestra parte, admitimos personalmente que en varias oportunidades el poeta cae en fórmulas que molestan nuestra sensibilidad y nuestro gusto: por ejemplo, "enfundado útero" (línea 21) o "mortales y desesperados coletazos/de dicta-

Fundacionales I (Canto a Rodrigo Ambrosio). Las condiciones materiales de publicación de esta obra significan un avance considerable, pero literariamente es bastante inferior a "Pronto Abrirá El Pueblo La Puerta", y en todo caso tiene menos interés por ser más partidaria su audiencia.

3. En la advertencia preliminar, que sale en su primer número, y que se ha reproducido en cada ocasión posterior, se escribe la siguiente definición de la revista: "Los artículos contenidos en esta revista representan la opinión de sus autores. 'Umbral' no es la publicación de una organización partidaria sino el ámbito de reunión de un grupo de chilenos decididos a participar en la defensa ideológica de la democracia. Por lo tanto en esta revista pueden escribir personas con ideas diferentes sobre el pasado o el futuro, siempre que rechacen la represión y la fuerza como las armas fundamentales de la política".

dura agonizante/ herida ya de muerte/ fatídica y pestilente" (línea 180-184), o cierto abuso del melodramatismo, de lo emblemático, de la sensiblería.

Pero estos son problemas secundarios, y no podemos dejar que sean ellos los que definen nuestra actitud ante una poesía que aparece en busca de un nuevo público.

El análisis de este poema, por lo tanto, más allá de un intento de comprensión y difusión de sus palabras a un público también más extenso en el extranjero, puede servirnos de vaso comunicante hacia un nuevo lenguaje que se exige y se vislumbra en Chile, la reforma en que se exterioriza para alguien que no ha hecho práctica profesional de la literatura la esperanza y la derrota, la esperanza dentro de la derrota.

Si sirve a la vez para hacernos cuestionar nuestros propios métodos, intereses y esquemas sobre lo que es digno de la crítica y lo que no merece nuestra atención, mejor todavía.

II

PRONTO ABRIRA EL PUEBLO LA PUERTA

Eloy Diego

I

Pronto abrirá el pueblo
la puerta que se abrirá un día
y, tomará entre sus manos
todas las cosas, y
llamándolas por su nombre
verdadero
las restituirá a su lugar de
siempre.
Entonces y nuevamente
iluminará la ciudad
la savia estrellada de las flores.
Volverá la paloma, el moscardón,
la Golondrina,
reposará en tierra el helicóptero:
el invasor del sueño
del sueño desnutrido del poblador.
Huirá presuroso el odio
del cuartel, de la industria
del ministerio, del socavón.
Abandonará el terror
la mirada, la medialuna
de las manos entrelazadas.
Retornará el sable
a su enfundado útero, y
el silencio
al desierto, al mineral abandonado
a la sal, al yodo
a la invisible alcantarilla de la
nieve.

Volverá la primavera
que, desde entonces
nos deben.
Se escuchará
en la multiplicada piel de la
muchachumbre
un verso tibio y reluciente
ardientemente amasado
—hijo de este tiempo—
del romance tembloroso del alba
y la sombra
de la boda fatigada, perseguida
y oculta
del silencio y el silencio.
(Sí.
Del silencio del silencio
emerge cada día
la fuerza incontenible
que pronto abrirá
la puerta
de todas las puertas).

II

¿Lejos o cerca? ¿Cuándo?
¿A qué distancia?
No es pan del silabario del pueblo.
No viste distancias su calendario.
Ni tatuajes de aniversario,
ni plumas de colores,
ni vergüenza de arcoiris,
ni sed de venganza, ni olvido,
ni impaciencia
ante su inmutable acontecer.
Es este el pueblo
plural y duradero,

vocablo justo. Estrella firme
no adivina la fecha ni el próximo
aguacero.

No es cometa ni profecía.
Es marcha en marcha, compás
compás acompasado, primavera
Nació de la tierra.
Del combate y la espera,
de soldar soledades.
Rechazó la amenaza
también, la promesa
la lisonja, la ilusión pasajera.
Proclamó el rito y el vino,
el deber cotidiano. Levantó
su verdad, dura
pequeña y aromática
cómo diente de ajo,
la tarea, la tarea
cumplir el deber de cada día.
La solución concreta
fue su bandera.

Así,
sin engaño, sin ensueño,
creció y creció. Reclamó
en la historia, su lugar.
Cultivó la organización,
contuvo la arena en su comarca,
bañó el litoral, exploró
los bolsillos de la tierra.
Obtuvo su recompensa
de fuerza y claridad.
Así,
del día de cada día
del día de todos los días
pronto abrirá el pueblo
la puerta
que se abrirá un día.

III

Lejos o cerca
el pueblo en esta fecha
recuerda al primero
de sus muertos,
la extendida senda
—ese día inaugurada—
de sus muertes venideras.
Anticipa,
en el susurro anticipa
—mientras ellos celebran
su victoria efímera y fugaz—
la inevitable derrota
de los recientes vencedores.
No es vino de guardar,

es pólvora estallada,
parto malparido, brindis perecible
toda victoria de traidores.

En el silencio,
en la prolongada vigilia del
susurro
levanta el pueblo con maderos
propios,
gestos imperceptibles, monosílabos,
miradas, complicidad pasajera
el nuevo nido.

Con la sangre recuperada
entinta la hoja modesta
que va de mano en mano,
de avidez en avidez
transmitiendo su eco de lámpara.
En el silencio
celebra el trabajo de cada día,
el aniversario de cada jornada.
Sin desesperar
recibe su recompensa
más fuerte que la adversidad,
fiel vigia de sus pasos.

Sin desesperar,
semilla en nuevos corazones
su palabra, y
así recibe
su recompensa de arveja,
de legumbre vigorosa.
En el silencio
se recupera la exacta dimensión
de una flor
el utensilio común de lo distinto,
el ceremonial cercano de lo
distante.

Se recuerda
que un árbol y otro árbol,
nogal o cerezo, son
antes que nada y siempre
—desde su vecindad separada—
raíz enraizada, levadura de la
tierra,

copa estrechada, protagonistas
de la sombra compartida.
Así también,
en el silencio
desde la sombra compartida,
sin titubear
se reconocen diariamente
los enemigos de ayer, los nuevos
amigos de siempre, que
por error de ambos, ambos
se enemistaron un día, y
permitieron, al común enemigo

—al único—
de todos los días
sembrar entre ellos la distancia
y, así
cobrar su botín de sangre y
especies.

En el silencio, celebra *
la verdad altiva, la solidaridad
combativa

el hilo retomado cada día
de la historia, de la historia
aún interrumpida. Y, así
estrechando nuevas manos
voces y corazones
desde su palidez vigilada,
desde su verbo mutilado,
desde el surco nocturno de su
pluma

prepara el pueblo cada día
el día que vendrá, cuando
emerge de la noche,
alegre y sudoroso,
veterano y renovado, desde
el prolongado combate ya librado,
desde los duros combates
que se adivinan en el perfil
de los días venideros, como
mortales y desesperados coletazos
de dictadura agonizante
herida ya de muerte
fatídica y pestilente
en su momento de esplendor
más aún,
en su agonía de alquitrán.
Lejos y adivinable
como el mar a la distancia
está el día
en que el pueblo cicatrizará
el vientre abierto de la tierra, y
sellará de paz indestructible
la prolongada y llameante vigilia
del volcán y el combatiente.
Reunirá al ausente
con su compañera. Juntos
retomarán la paz bulliciosa
el grito alegre, la verde pradera
del silabario.

Apagarán el llanto,
el insomnio, la pesadilla,
el sueño allanado del hijo
por la sirena intrusa de este
tiempo.

Prodigarán, nuevamente
el beso, la caricia, la mirada
la mirada nuevamente prolongada.

IV

Ese día, tendrá lugar
la inmensa fiesta popular.
Poseerá nuevamente plazas y
avenidas
colmará la colmena y la columna
su vertebral ardiente y polvoriento
de picardía, de anhelado reencuentro
de los sobrevivientes, de
los que resistieron la pólvora,
los que junto a cada muerto
enterraron

algo de sí, los que
ofrecieron al desesperado la mesa
del consuelo,
los que lavaron el mantel dañado
del escombros,

y,
la herida de su herida.
Los que aplastaron la desolación
entre sus dientes apretados, y
reuniendo a los suyos les dijeron
nada se ha perdido
que no sepamos recuperar,
nada hemos olvidado
que no sepamos nuevamente

aprender,
nada hemos dejado sin terminar
que no sepamos recomenzar.
Sí. Pronto abrirá el pueblo
la puerta que se abrirá un día
y, tomará entre sus manos
todas las cosas, y
llamándolas por su verdadero
nombre

las restituirá
a su lugar de siempre.

V

Ese día, si
todavía somos carne viva,
abrazo, reunión,
rostro y poesía
del pueblo triunfante
del pueblo en marcha
del pueblo

* En el original "solaridad".

cántaro y cántico
del pueblo espada
del pueblo en voz
que nos perdonen, si
entonces, nuestra voz
cede y calla ante las voces
que como espuma florecida
brotará incontenible
desde la penumbra obligada
de este tiempo:
¡deben ellas cobrarle al silencio
su venganza de voces, ahuyentarlo
para siempre! Que
nos perdonen si
nos embiaga el silencio
en medio de la fiesta popular.
Estaremos simplemente conmovidos,
conmovidos y habitados, bebiendo
en la copa de ese día
los rostros y recuerdos
de los días pasados.
Entonces,
serenos y conmovidos, sin embargo
no sabremos que hacer con nuestros
brazos,
insuficientes para todos. Sobrantes,
desearán partir
a ejercer su oficio repetido,

donde faltan todavía
a sellar definitivamente
la tumba de cada cual
con la noticia,
a separar la púa y el alambre,
a restituir el campo al campo, a
visitar
el alba sorprendida de las
cárceles.
y, así
sin brazos, serenos y conmovidos
permaneceremos en silencio,
entre todas las voces,
un día más
embriagados de alegría y
calurosamente rodeados
de la presencia inolvidable, de la
única ausencia
que estos años no conocimos
del pacto solidario y fraterno
que,
en el inmenso territorio de cada día
fraguó la sangre
con la sangre perseguida.

Eloy Diego

Setiembre, 1975.

III

Profetizar la victoria de un pueblo en medio de su derrota, como con tanta obsesiva insistencia lo hace Eloy Diego, no es tarea poética fácil.

No es que la promesa y exigencia de un mundo mejor en tiempo de repliegue sean ajenas a la función de la poesía. Por el contrario, es ese ensueño que anima y traspasa una enorme cantidad de producciones culturales de origen popular, folklórico y especialmente campesino de todas las épocas: un porvenir diferente, un paraíso acá en la tierra, por fin la paz entre todos y el bienestar eterno. Estas visiones, a menudo anónimas, se edifican en torno a un mesianismo irrealizable, son vagas utopías primaverales que no por deseadas y minuciosamente descritas son menos imposibles. Las profecías políticas, en cambio, se encuentran sujetas a comprobación en la historia humana, pudiendo ser desmentidas o confirmadas dentro de plazos más o menos inmediatos y en todo caso inexorables⁴.

Toda anticipación de un futuro liberado se construye, por lo tanto, encima de un abismo temporal manifiesto, constreñida a un desafío: hay que colmar la distancia entre palabras luminosas y realidad actual degradada y triste, trazar el parentesco entre esperanza pródiga y vida cotidiana miserable y trunca. La debilidad, y el peligro retórico que acecha a este tipo de poema, es que se hace imprescindible convencer al lector

4. Véase Northrop Frye, *La Estructura Inflexible de la Obra Literaria*, Taurus, 1973, el capítulo "Variedades de la utopías literarias", pp. 151-183.

de la viabilidad de aquel porvenir cuya existencia en el transcurso ordinario de las cosas ni es aparente ni obvia. El profeta intuye desde el inicio que su poema tendrá que contener, buscar y probar algún fundamento de ese mañana que propone con tanta lumbre y esplendor.

El sentido de esa fundamentación, y su perfil y bordes, dependerá en gran medida de la función que haya decidido irradiar.

Muchas veces ese tipo de poesía intenta, ante todo, elevar la moral de las fuerzas propias, invocando de nuevo un paraíso al que los lectores están adscritos antes que el poema comience. La emoción compartida y acrecentada es el punto de partida y meta: a la vez que nos consolamos por la derrota, nos enraizamos el uno en el otro, volvemos a sembrar y hacer surco y viento la visión íntima del amanecer. Leer el poema es casi un rito laico, ya que reafirma la superioridad moral del grupo a que pertenece tanto poeta como receptor, sacerdote y fiel, causa fundamental de una victoria que se estima incontestable. Cohesionadora de los que luchan por un mismo ideal, esta variante de la poesía política profética se dirige a una audiencia inevitablemente restringida. Se profetiza para una secta que ya está catequizada, cuyo concierto ya se ha logrado. No importa para el caso si la secta se compone de dos hombres o de millares. Se habla para un nosotros, en tiempo de guerra, y los no adeptos sólo podrán abrazar el poema, derramarse hacia el futuro, a condición de que se encumbran hacia la conversión, a condición de que adopten el punto de vista del interlocutor. Cuando esta poesía es eficaz —como es a menudo— logra el cantante ser intermediario, voz, catalizador, puente, de un colectivo que, siendo el núcleo básico avanzado de la contienda y de la construcción de la sociedad futura, representa por ende potencialmente la mayoría de ese pueblo.

Otros poemas, en cambio, se dirigen precisamente a lectores inseguros, a un “tú” o a un “ustedes”, tratando de persuadirlos de que la victoria es irrecusable, por medio de argumentos, análisis, razones (un lenguaje generalmente extraído del código político o sociológico vigente) o con un empleo de la sátira o el ataque irónico. Esta poesía tiene un rol básicamente propagandístico, continuando en otro plano la lucha por la conciencia de los débiles, de los atrasados, de los temerosos, de los enneguecidos. Los cimientos de lo que acaecerá no están en actitudes emocionales, sino que en la existencia de leyes científicas y racionales que rigen la objetividad histórica humana y que el lector podrá descubrir, aprender y aplicar, o en el reconocimiento en su interioridad de mitos y versiones erróneas de la realidad que incomunican el acceso al futuro. A la vez que se profetiza lo que vendrá, se hace la didáctica de los caminos que a él conducen.

Estas modalidades (que rara vez aparecen en forma pura, sino que constituyen más bien tendencias estructurales) son posibles y legítimas y necesarias para la poesía combatiente: son parte del uso del lenguaje como instrumento que influye o participa en las batallas. Tenemos ejemplos de ello que tienen su origen justamente en Chile.

Eloy Diego, sin embargo, va a evitar estos caminos.

Al afirmar esto, no pretendemos proponer su poesía como un modelo o un ejemplo de lo que se debe o no se debe hacer. Es una tentación que rechazamos resueltamente. Creemos, simplemente, que él ha llegado a una solución poética muy original, que a la vez sintetiza el problema que todo lenguaje que se dirige desde la derrota debe enfrentar, y que

nos relaciona con un tono, un estilo, una concepción de la poesía que pueden tener alguna influencia en los años próximos.

En efecto, el mero hecho de que Eloy Diego se difunda en una revista que trasciende las fronteras de los partidos de izquierda, significa que se le ofrece la oportunidad de entrar en contacto real con un público mucho más amplio que el que apoyó a Salvador Allende. La base social, la composición de clase, los intereses, de su audiencia, son más anchos. La novedad de esta situación queda de manifiesto si se toma en cuenta que durante el gobierno de la Unidad Popular una de las debilidades más patentes de la lucha ideológica que llevó a cabo la clase obrera fue su incapacidad para romper los compartimentos en que su adversario supo encerrarla, sin poder abrir canales de comunicación que se extendieran más allá de sus propios adherentes⁵. Como la revista es un lugar de encuentro de sectores democráticos, sean o no marxistas, unidos por una oposición, más o menos consecuente, a la dictadura, el poema tendrá que estar a la altura del vehículo en que aparece, tendrá que discurrir de otra manera que en un periódico clandestino partidario. El poema deberá —y lo hace— proponerse la exploración tentativa de un lenguaje que podrían habitar en común estos enemigos del fascismo, invocando un futuro que pudiera ser deseable para todos, expresando las palabras que algún día —¿y por qué no hoy mismo?— se pudiera cantar juntos.

Este espectro comunicativo tan amplio —que va a aparecer como protagonista también— impide a Eloy Diego encontrar el sustento de la victoria venidera en la cohesión emotiva de los militantes o en la existencia previa de una verdad política objetiva o en el desmoronamiento de los esquemas mentales. Esas funciones están presentes en su verso, y en efecto lo enmarcan exteriormente, pero no pueden constituir el fundamento último de su visión, por la sencilla razón de que bloquearían la comunicación poética, son inaceptables para sectores de su público, que reaccionaría auto-defensivamente o que rechazaría con fuerza todo intento “proselitista”, entrando a accionar los anticuerpos frente a todo lenguaje demasiado marcado por instancias políticas típicas.

Esto significa que Eloy Diego no sólo no tiene lectores que comparten su panorama del mañana, sino que están dispuestos, por el contrario, a desangrar sus motivos y a reventar sus palabras con ojos implacables.

Por eso, junto con vaticinar, Eloy Diego se ve abocado a examinar el problema mismo de toda predicción, la debilidad subyacente a toda profecía política que no es aceptada sin más como artículo de fe o acto de ciencia. Al preguntarse por la existencia o inexistencia del futuro, está condenado a recorrer el dilema en su definitiva raíz: es decir, tendrá que asumir la duda sobre el tiempo, el tiempo que deberá transcurrir entre el hoy aterrador y el alba victoriosa. Ese día sólo se hará cierto, tangible, accesible, en tanto el hablante nos demuestra la manera en que el pueblo amolda, recoge, derrota, supera el tiempo.

El lector tiene también otra manera de medir la sinceridad de ese augurio. Tiene su propia experiencia de la práctica poética de Eloy Diego, la forma en que el poeta mismo organiza lo único que tiene a su alcance, el material con que se comunica. Escrito en medio del silencio,

5. Hay una gran bibliografía sobre el tema. Véase Carretón y Valdés (compiladores), *Cultura y Comunicaciones de Masas*, Materiales de la discusión chilena (1970-1973), Editorial Laia, Barcelona, 1975.

acosado por el aislamiento y la amenaza, tentado por la retórica, el cliché y el panfleto, lo que el poeta logre plasmar en toda su vastedad y con todos su recovecos servirá como prueba palpable de que la victoria presagiada puede realizarse, es decir, hacerse real. La tesis sobre el futuro se prueba, comprueba o reprueba en el presente: presente de producción del poema por el escritor, presente de lectura por el lector, presente de unidad (o fracaso) en la comprensión.

Derrotar la duda sobre la victoria es de por sí un modo de avanzar hacia ella. Si el poema no suena falso, ni reducido, ni esquemático, ni sectario, ni utópico, ni arrebatado, ni conciliador, ni derrotista, pasa a formar parte del múltiple camino hacia adelante, pasa a ser una de las piedras pequeñas en el puente sobre el cual todos cruzamos hacia la hermandad y la comunicación, es decir, hacia el mundo del mañana.

Si el futuro y el triunfo existen, ambas dimensiones nos residen desde hoy en nuestra capacidad y coraje para comunicar y entender y acompañar con vislumbres eso que hemos proclamado como realidad.

IV

Toda la primera parte del poema (I, líneas 1-43), redactada en tiempo futuro, desborda confianza. No sólo se pronostica la victoria con un estribillo inicial que se repite varias veces más a lo largo del poema, sino que se describe el mundo primaveral que germinará en ese entonces en oposición a la sombría dictadura actual, fijándose por último en el sentido multifacético que adquiere el silencio en épocas como estas.

La fe del poeta en ese destino entronca directamente con las características del pueblo que es el artífice de la situación y del sitio que quedan más allá de la puerta abierta: desde el principio se lo percibe plural, múltiple y extenso, afanoso de eternidad, depositario de categorías absolutas y estables (todas las cosas, lugar de siempre). En la primera línea del poema todo es pujanza y predicción: el "pronto" con que se abre denota cercanía, el pueblo protagoniza activamente la acción verbal y su contenido (abrir) es positivo.

Sin embargo, la línea que sigue aporta un matiz de tono y de énfasis que contiene en germen el problema del tiempo que se desarrollará más tarde. La impersonalidad, incluso pasividad, que implica la partícula "se" está reforzada por la lejanía de "un día": se distancia e indefiniza el cumplimiento de la profecía al establecer que el pueblo no controla integralmente la apertura tan ofrecida, que ella depende de factores que sobrepasan su voluntad. El resto del poema deberá sondear y explicitar precisamente la relación entre pronto y un día, entre el pueblo que abrirá y la puerta que será abierta. La fuerza original no se desmiente, pero queda relativizada en su avance.

Al final del poema, esta profecía va a cumplirse, habiendo presenciado el lector el día concreto de su realización, revelándosele el fundamento que sustancializa toda victoria, el magno espejo del "cada día" que hay que atravesar como vergel y baldío.

A la vez, hay otros temas que acompañan este del tiempo en una evolución similar desde la primera hasta la última parte, acumulando un nuevo sentido final. En efecto, se viajará desde una visión general del futuro (y del pueblo mismo que realiza la gesta) hasta una presentación (y una participación no sólo del pueblo sino que del mismo poeta) cada vez más íntima y personal. Lo mismo sucede con el silencio: vamos a animar y lle-

nar el camino que separa la primitiva carencia del vocablo de aquel ruido con que los versos culminan.

El Edén que el hablante promete y atisba detrás de la puerta nada tiene de especialmente novedoso. Su genealogía lírica combina dos tópicos bastante socorridos: el lugar ameno (paraíso con características naturales, bucólicas, idílicas) y el mundo contemporáneo al revés (todo deberá retornar al lugar que le corresponde, cuando el pueblo ponga nombre verdadero y no falso —como ahora— a las cosas)⁶.

Por lo demás, esta visión futurista se revela extrañamente abstracta e impersonal, quizás porque el pueblo mismo no aparece operando, sino que todo *está sucediendo* fuera de él. Quienes actúan (es decir, vuelven a sus lugares) son objetos naturales (savia estrellada, palomas, la primavera, etc.), objetos bélicos fabricados (helicóptero, sable) o situaciones y actitudes emocionales (odio, terror, silencio). Son procesos, readecuaciones, movimientos, que ocurrirán en un paisaje descorporizado, en que la alegoría sustituye la vivencia interior⁷, donde la humanidad aparece como el receptor, pero no el actor, de su progreso. Es como si el "se" hubiera tomado posesión del mañana y el hombre fuera testigo de una victoria que le concierne, pero en que no ha sido ejecutante constante.

Tal presentación del futuro ha sido seguramente ambicionada conscientemente por el autor. Por una parte, al principiar con una visión sin rostro del futuro y del pueblo, le será posible ir la modificando, poniendo límites, voces, proximidades a medida que explora las formas concretas en que ha de acaecer; y por la otra, todavía no ha registrado la red minuciosa en que se rehace la actividad del pueblo (lo que prepara la participación efectiva en ese paraíso) y no corresponde anticiparla en este momento introductorio.

Siendo ciertas estas consideraciones, de todas maneras Eloy Diego debe dolerse de esta virtual ausencia del colectivo gozador y creador de victoria, porque en tres líneas breves y dramáticas ("volverá la primavera /que desde entonces/ nos deben") habla de un nosotros del que se siente parte, presentando por única vez la primera persona plural que hará una iluminada, saturante aparición en la quinta y última sección del poema para rematarlo. Notemos que en el resto de los versos anteriores y posteriores, el pueblo está siempre avistado (alejado) en la tercera persona del singular, lo que se enlaza con cierta epicidad solemne que el autor otorga al proceso de liberación, una necesidad de narrar desde el colectivo (que no supera a veces una cierta tonalidad gris de los héroes "positivos").

La yuxtaposición de un lado activo y pasivo de un mismo fenómeno estructura igualmente el otro tema que se plantea en la primera parte. Se trata del silencio, que ante todo está caracterizado negativamente, perteneciente al reino mineral donde falta toda vida y movimiento, y que se ha incrustado ilegítimamente entre los seres humanos (líneas 22-25). El retorno de la mudez al desierto y a la nieve permitirá entonces escuchar un verso que se ha venido engendrando todos estos años debajo de la gruesa superficie del miedo, y que, aunque existía siempre, no era perceptible en forma pública.

6. Cf. Ernst Roberto Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina*, México, FCE, 1955, 2 tomos.

7. Cf. C.S. Lewis, *The Allegory of Love, A study in medieval tradition*, Galaxy, N.Y., 1966 (10th edition).

Pero el silencio no puede ser entendido únicamente como ausencia. Porque ese canto de la muchedumbre no nace sólo contra y debajo de la insonoridad, sino que a la vez como su resultado, como hijo de la boda del silencio y el silencio. Con esto se anticipa (la tercera parte lo explicará) que en la circunstancia difícil en que todo ruido ha cesado, el hombre puede acceder a las sílabas primordiales que permiten volver a fundar la verdad. Pero más que eso, el silencio es sinónimo de susurro, de lo que se calla forzosamente para no caer asesinado, pero que no debe confundirse con la muerte y su hielo. El lado activo del silencio puede ser tanto o más fuerte que el pasivo: en su seno existe la posibilidad de la comunicación, existe e incluso emerge el empuje liberador de las masas.

Se nos aclara, con esto, el sentido de boda, e implícitamente, el de parto. Sea que se trate de la unión de dos silencios idénticos (dos soledades secretas, dos individuos que no hablan pero se reúnen), sea que se trate del enlace del silencio negro del desierto con el silencio blanco del pueblo (lo que prolongaría los términos de alba y sombra en romance, línea 34), el silencio es bastante más que un mero vacío estéril o un enviado plenipotenciario del terror. Si el silencio es el cementerio que imponen los traidores, es también el instrumento con que los combatientes se disimulan, se organizan y se comunican. Desde el silencio mineral se logra hacer salir el murmullo, desde lo que es pasivo aparece lo que es activo, desde la lucha de ambos silencios, y su unión, desde muy adentro de sí ("del silencio del silencio") emerge la fuerza incontinente que ya no sólo abre la puerta, sino que la puerta "de todas las puertas" (absolutizada, multiplicada), y ya no un día, sino que "cada día".

Esta reafirmación del estribillo original en otro contexto, después de haber expuesto lo que hay detrás de la puerta, contiene sin embargo dos diferencias que señalan una evolución. La primera es que lo que emerge no es el pueblo propiamente tal, sino que "la fuerza incontinente", es decir, una acción que se distancia del ejecutor al aparecer como desarrollándose por interpósita energía, como algo que le pertenece pero que aparece como exterior. La segunda diferencia es el paréntesis. Antes de que esa paréntesis desaparezca, por ende, antes de que esas palabras más seguras y absolutas puedan salir de su posición marginal, debemos examinar con el poeta el significado —extensivo e intensivo— del cada día, debemos preguntarnos por el tiempo y el espacio en que se desarrollará la profecía. Sólo entonces podremos proseguir nuestro viaje conjunto hacia el momento en que la fuerza incontinente se nos revelará como pueblo, en que la energía tendrá dueño, en que el futuro será algo que se ha ganado con la actividad y no algo recibido en recompensa por la virtud o el sufrimiento.

V

"¿Lejos o cerca? ¿Cuándo?"

¿A qué distancia?...".

Estas preguntas, amontonadas a la cabeza de la segunda parte, serán las únicas en un poema donde el lenguaje restante pulsa afirmatividad, donde casi nada se deja irresolverse ni se hace penumbra⁸.

8. Sobre la función estilística de las fórmulas interrogativas, vease María Rosa Lida, *La Originalidad Artística de la Celestina*, EUDEBA, Buenos Aires, 1966. También puede consultarse Ariel Dorfman, *El Absurdo entre cuatro paredes; el teatro de Harold Pinter*, Universitaria, El Espejo de Papel, Santiago de Chile, 1968 pp. 84-86).

Era natural que tanta convicción sobre la transitoriedad del actual estado injusto condujera al propio hablante a interrogarse sobre los plazos, los términos, las medidas. Si tanto se adivina sobre el futuro, lo único que falta es ponerle una fecha, y se acabaron las angustias. Si en cambio no podemos nombrar hora exacta, querrá decir que tanta certeza no tenemos y no hay garantías de victoria. Ha llegado —tempranamente, como se puede notar— el momento en que el poeta debe enfrentar el riesgo inherente a toda proclamación de un triunfo.

Pero la respuesta a la serie de preguntas será tajante. La característica esencial, constitutiva, del pueblo que llevará a cabo esa hazaña que genera el futuro como promesa y no como persistencia de miserias y alambradas, es el rechazo a este tipo de demandas y exigencias. Efectuar esas preguntas significa ya una perspectiva respecto al tiempo, y por ende de la lucha dentro del tiempo, que es ajena a la visión del pueblo. Es una forma espúrea, falsa, de concebir el devenir humano, que convierte al tiempo en enemigo y no en aliado del pueblo. A partir de la negativa por dejarse atrapar por esa vivencia, se va a enumerar una serie de cualidades y virtudes del protagonista colectivo.

En efecto, profetizar algo puede entenderse (y así suele suceder) como una manera de saltarse las barreras del aquí y del ahora, instalarse mágicamente en el futuro sin haberse aventurado en la dura perduración del presente, sin tener que resolver uno a uno los obstáculos (y las coyunturas) que hay entre hoy y mañana. La tentación espectacular de este tipo de profecía épica (porque no hablamos aquí de la tragedia que significa vislumbrar un destino que no coincide con los intereses del visionario) es inevitable: el que pronuncia esas palabras se enaltece a sí mismo como un gran sacerdote que domina el secreto del templo de la muerte, diferenciándose de sus semejantes por su capacidad de prevención de lo que ha de venir. Anticipar lo que todavía no ha sucedido confiere sobre el oráculo un gran poder y lo coloca en una categoría aparte.

Pero en definitiva esas conjeturas, por muy imaginativas, hinchadas de una personalidad flamante, diestras en verbos y en sustantivos, denotan un básico temor del momento presente y de sus dificultades.

Ni podemos quedarnos al nivel exclusivo del lenguaje. Porque convocar el porvenir de una manera tan brillante, pero sin fundamento en la realidad, requiere a la vez presentar implícitamente un modelo político de acción, el tipo de lucha que haría falta para agenciarse justamente ese paraíso entrevisto. Fundada en la impaciencia, en el deseo de venganza, en el temor del olvido, en el fondo sintiendo que la época se le escapa, que la realidad la contradice, es inevitable que este tipo de visión del mañana se haga acompañar por acciones que deberían ser tanto o más espectaculares que la profecía misma. Es impracticable prefigurar enloquecidamente, con entusiasmo y arrobamiento, y luego volver al cotidiano y gris acontecer del hombrecillo, la corriente de lo común. El profeta de esta especie tiene que sentirse personaje principal, figura romántica, de la historia, centro hacia el cual convergen todos los narradores y todos los reflectores. Aunque se sienta —y proclame— el portavoz individual de una comunidad mayor, el profeta tiende a colocar su voluntad en el sitio más escandaloso del escenario. La profecía pasa a ser más importante que su cumplimiento. Basta haber poseído el futuro con las palabras: lo que vendrá será anticlímax, resultado, encarnación del verbo en la historia. Pronunciar el futuro ya es un modo de provocarlo. Esto significa que las accio-

nes que desencadenan esos presagios nacen, pletóricas de colorido y danza, bajo el signo del apuro. Si las palabras se saltan el día a día, las acciones que las prolongan deberán hacer otro tanto. La acción es la mera y subsidiaria forma de lograr el cumplimiento de la predicción, de rellenar el hueco entre anticipación y futuro.

Todo el poema de Eloy Diego va a ser una batalla contra el derrotismo. Afirma la voluntad en la historia, la confianza de que es el hombre quien define su propio invencible destino. Esta certidumbre en las masas es una respuesta a quienes ven la derrota como signo de un fracaso eterno, una postergación del día en que se abra la puerta, y que contiene la sugerencia de aceptar al enemigo o de lentamente irlo convenciendo de que debe cambiar. El poema de Eloy Diego —como todo poema resistente, por lo tanto— es una respuesta a una posible desviación de derecha, que no valúa bien las fuerzas y reservas con que cuenta el pueblo. Detrás de esa desviación está la argumentación reformista, que quiere mantener en el fondo el sistema vigente.

Pero como una profecía tiende a pensarse como un acto que enaltece y diviniza la voluntad, como un desprecio por la objetividad histórica, como un cumplimiento de las palabras antes de que sucedan, el poeta tiene que guardarse también de otro tipo de equívoco, enfrentar a quienes exageran este rol de la voluntad hasta sustituirla por la realidad, una desviación de izquierda, tan peligrosa como la de derecha, que lleva a un extremismo revolucionario que de tanto autoalimentarse imaginariamente en el futuro pierde de vista los trabajosos caminos intermedios que ahí conducen. Sin mencionarla por su nombre, Eloy Diego realiza acá, por la vía metafórica, una alusión a la pequeña burguesía radicalizada y su ultrismo siempre verbal y a menudo actuante. Frente a ella, sitúa a la clase obrera y sus enseñanzas de que un proceso de liberación puede abortar por ir demasiado rápido o en cambio puede estancarse, consolidando el poder del adversario, por ir demasiado lento. Es decir, que toda revolución es un entrecruzamiento de factores subjetivos y objetivos, una maduración de ambos.

El pueblo tiene que proclamar, actuando y hablando, su adscripción a una profecía diferente, una que prepara el futuro de una manera absolutamente diversa, una que no se deje dominar ni por la desesperación ni por la sobresperanza, una que no pierde su fuerza ética a la vez que tampoco la coloca como única norma para juzgar el curso de la historia. El pueblo no está obsesionado por el apuro, porque habita cada día el día que hay que atravesar antes de ser futuro. No tiene sed de venganza (sería saltar al tribunal del mañana para consumir entonces lo que hoy la impotencia no puede zanjar), pero tampoco olvida nada (no tiene miedo de que lo transcurrido sea tan infinito que no haya recuerdo posible). Se trata de rechazar el exhibicionismo. El tiempo real no está filmado en technicolor ni con ocho parlantes estereo, porque no hay nadie encima del escenario, actuando para un delirante público ajeno, alterando su comportamiento según consejos, críticas, aplausos. Fuera del momento actual no hay futuro, lo que no quiere decir que se abandone el sueño: se sabe demasiado bien lo que hay detrás de la puerta que se abrirá y que abriremos un día. Pero la urgencia de esa apertura no debe cegar al hombre a la hazaña más terrible y menos recompensada: abrir cada hora una puerta chiquita. El territorio del pueblo es el deber cotidiano, único modo en que se mide su verdad, su capacidad de sembrar verdades más allá de los barrotes del ahora. Al solucionar concretamente los pro-

blemas inmediatos, el pueblo se aferra a la única materialidad existente, la única brújula en la tormenta, y no le importa que sea por ahora imperceptible.

Quizás la más iluminadora oposición de imágenes, que resume y cataliza las demás, sea la que contrasta la estrella firme (que no adivina la fecha ni el próximo aguacero) y el cometa. Estrella que no se mueve, que está siempre ahí, por la cual se puede navegar, conocer la ruta, fijar la posición de los demás astros en el cielo, calmar el vértigo del horizonte, enfrentada a la estrella fugaz, que hace mucho ruido antes de desaparecer, que vuelve pocas veces y con irregularidad. Es cierto que la belleza, fuego, alarido, del cometa (que además sirve tradicionalmente para deleite de agoreros de toda laya) ilumina la noche por unos minutos, impresiona y entusiasma; pero también es cierto que no tiene constancia, periodicidad, no permite construir ni planificar. La estrella firme no se agita ni se traslada de su lugar, o si lo hace es de acuerdo a rumbos inmutables. La estrella fugaz pasa, deja una estela excitante y emotiva, pero siempre en forma aislada o individual, más preocupada por la impresión que causa que por los efectos permanentes en el cielo.

Profetizar el futuro, por lo tanto, para el pueblo, es actuar hoy y no dejarse llevar por vaticinios arrojados al vacío. Se es oráculo sólo en cuanto se realiza la labor de cada instante, se adivina el perfil del porvenir en cuanto se lo hace ladrillo y cemento ahora mismo. Por eso se puede trabajar dentro del silencio, oponerle su propio silencio de susurros que algún día reconoceremos como coplas, se puede respirar jardines escondidos debajo del yermo oficial. Porque el pueblo no vive preocupado por crear sensación ni se deja llevar por lo que viene desde afuera (promesa, amenaza, lisonja, ilusión pasajera). No importa que otros se hundan en un protagonismo enfermizo. Cada acción pasa inadvertida, no gana la primera página (ni generalmente la última) de los diarios, pero tiene su efecto sobre la historia.

Hemos avanzado desde la primera parte del poema: el futuro se concibe como existiendo más que un día, y más que pronto: existe en la ahora puerta que se está abriendo cada día. Y esto quiere decir que si hay un día para todos, hay un cada día para cada uno de los muchos. Es el verdadero gigantismo, la participación de las masas en la historia: es el pluralismo de acciones (y no la de un individuo), es la repetición masiva de esfuerzos de todo tipo, es la heroicidad cotidiana. La historia no se hace con fuegos artificiales. Son seres normales los únicos que saben profetizar con sus vidas.

Esto es lo que garantiza que el futuro sea el resultado y esencia de lo que hoy se está invirtiendo, lo que se ha estado descubriendo, revelando en la lucha actual. Paralela a la imagen primaveral del porvenir, prolongación de ella, se muestra al pueblo como primavera también, nacido de la tierra, que creció y creció. La recompensa por ser de esta manera se halla en la fuerza (para abrir la puerta) y la claridad (para saber cómo, para distinguir la dirección). El anticipador popular contiene en su acción los rasgos más sobresalientes del ensueño, del país que ampara y elabora. La verdad de su anticipación se evalúa por su capacidad de embanderizar ahora mismo las soluciones al dilema de hoy, con lo que se abona el futuro. Cuando finalmente, en la última imagen del poema (línea 282-288), el hablante se siente rodeado de la solidaridad, de lo único que nunca le faltó,

se entiende que el futuro es lo mejor del pasado, su esencia, pero ahora sin sus peligros y adversidades, finalmente victorioso y reconocible.

Razón de más para que la profecía del pueblo no se salte etapas. Porque el único lugar donde ese futuro se comprueba y existe es en la acción cotidiana. Es falsificarlo, elitizarlo, paternizarlo, suponer que pueda acaecer sin la intervención activa de todos los que la han de gozar. Será más inmenso el porvenir mientras más personas lo hayan forjado.

Esta visión del pueblo como héroe anónimo y del futuro como algo que se desparrama materialmente en su gesta diaria, esta acompañada (¿corporizada?) estilísticamente por el rasgo definitorio del arte de Eloy Diego: la repetición⁹.

Esta práctica se encuentra generalizada en la totalidad del poema, pero es en la parte II donde consigue su máxima proporción y concentración, especialmente para identificar al pueblo: marcha en marcha, compás/ compás acompasado (línea 59-60); la tarea, la tarea (72); creció y creció (78); del día de cada día, del día de todos los días (87-88). En todas las otras partes podemos observar un empleo y una frecuencia similares¹⁰.

Esta repetición traduce, al nivel fónico del lenguaje y de su contenido, aquella expansión que es patrimonio del pueblo y de su porvenir, el sonido como su sustrato material por el cual se hace eco el carácter multitudinario, reiterativo, parecido entre sí, de los actores. La marcha de muchos pies semejantes es también la de los mismos vocablos, un avance sonoro arrollador, completo, concluyente. Lo que se repite es lo opuesto a lo espectacular, algo que no tiene miedo de ser idéntico, que no se preocupa por diferenciarse o sobresalir. La reiteración solemniza y glorifica el gesto cotidiano, hace epopeya de lo mínimo.

Quizás sea esa la razón por la cual, como regla general, las repeticiones tienden a aparecer solamente hacia la mitad de la estrofa, la mayoría de ellas acumulándose en la segunda sección de cada parte. Es un proceso que se insinúa de a poco, imperceptible, susurrantemente, pero que termina afirmando su imperio espacioso.

Otro rasgo notable es la impersonalidad de lo que se repite, su negativa a lo estrafalario. Naturalmente, puede deberse a que cohabitamos con un pueblo callado y en sombras. Debe esconder su verdadera identidad. Pero esta falta de individualidad sintomatiza a la vez que se gana con miles de acciones repetidas, es decir, con el rito de cada día, con aquello

9. No confundir con redundancia. Cf. Robert Escarpit, *Escritura y Comunicación*, Castalis, 1975, p. 28.

10. La frecuencia de este uso ya la hemos observado en la primera parte: del sueño/ del sueño (líneas 12-13), del silencio y el silencio (36); del silencio del silencio (38); la puerta/ de todas las puertas (42-42). En la tercera parte (la más larga), se constata de mano en mano (117), de avidez en avidez (118); sin desesperar (líneas 123 y 127); un árbol y otro árbol (139); raíz enraizada (143); de la sombra compartida/.../ desde la sombra compartida (145 y 148); de la historia, de la historia (164); la mirada/ la mirada nuevamente prolongada (204-5; en el silencio (5 veces: 109, 120, 133, 147, 161). En la cuarta parte, solamente encontramos la herida de su herida (219), y en la última, del pueblo (cinco veces en seis líneas, 240-5); simplemente conmovidos/ conmovidos y habitados (258-9); serenos y conmovidos (264-277), el campo al campo (274); la sangre/ con la sangre perseguida (282-3: últimas líneas de todo el poema).

que reincide y porfía. Esto significa que el poema de Eloy Diego —obsesionado por mostrar a las masas como los efectivos gestores de la historia— está traspasado por una cierta monotonía, quizás hasta una monocromía, que a veces llega a tornarse en atmósfera gris. El riesgo para el autor es recaer en un cierto esquematismo de héroe proletario sin matices, donde el rechazo a lo espectacular e imaginativo termina por quitar todo drama y realismo al avance del pueblo. Esta glorificación desproblematizada del colectivo va a servir, no obstante, como telón de fondo donde aparecerá con más relieve en la última parte (V) el poeta y sus propios sentimientos.

No cabe duda de que la repetición es un instrumento eficaz para expresar de múltiples maneras el mensaje central del poema. Significa, por ejemplo, que cada palabra simple que se proclama (silencio, marcha, compás, herida, sangre, día) se profundiza. Se trata de acumular el “vocablo justo” y no pesquisar otro para poner en su sitio. Si la palabra es apropiada, entonces que se utilice una y otra vez, aunque se reduzca su conmoción estética o el autor sea excomulgado por los académicos de la lengua. Negarse al sinónimo: lo que es sustancial debe ser extendido, reduplicado, difundido. Si la palabra que se repite es exacto flechazo hay que extender su sentido, a modo de mar que copa tierra. Se instuye, incluso, una masificación del punto de vista de los hablantes, que quizás prepara el nosotros final: sentimos que no se trata de una persona que pronuncia aquello, sino que muchas que se saben interpretadas y señaladas por él. Y evidentemente, esto influye en la lentitud del ritmo, la paciencia, la falta de apuro con que la victoria (y el transcurso mismo del poema) se acerca. Casi se podría afirmar que Eloy Diego se coloca fuera de la crisis del lenguaje de la lírica contemporánea, no está interesado en ella, lo que es interesante, puesto que no es un poeta profesional.

Estos atributos pueden iluminarnos otra estructura emparentada del lenguaje poético del poeta: el manejo bastante particular de la rima, y la aparición frecuente de la aliteración. La rima, claro, es otra forma de repetir el sonido, pero ligando ahora palabras con diferente significado e idéntica terminación acústica.

Ejemplos abundan en esta segunda parte. Silabario (mitad línea 47)/ calendario (final línea 48)/ aniversario (final línea 48); duradero (55)/ aguacero (57); primavera (60)/ la espera (62)/ pasajera (66)/ bandera (75)/ y en forma consonante, tarea (72); profecía (58)/ día (73). Este tipo de rima se conserva en todo el poema, con excepción de la última parte. Notemos que no hay la intención de enlazar sonidos dentro de intervalos o pausas que estén fijadas de antemano, ni se sigue ninguna configuración estrófica periódica. Más bien quiere el poeta entregarnos ciertos escalones de sonidos idénticos, homofonías alejadas una de la otra pero lo suficientemente cercanas como para ofrecer alguna seguridad, algún reposo, como señales de un camino que cada tanto explicitan el kilometraje recorrido y por recorrer. Esos sonidos finales y coincidentes armonizan y reiteran inconscientemente los pasos marchantes, como breves islas plurales y duraderas, que desaparecen pero volverán a salir a la superficie, como las acciones del pueblo mismo, con raíces diferentes y un destino común, una primav- era, una band- era, una esp- era, una tar- ea. A la vez la rima es una forma de medir, controlar, ponderar el verso, encuadrarlo, aunque no de una manera forzada. El lector siente la fuerza subterránea, la energía que surge, busca, se hace semejante, se extiende, prosigue, se hace eco, “eco de lámpara.”

El empleo de la aliteración, por último, entrecruza estos dos tipos de repetición, la de palabras idénticas, la de sonidos similares: soldar soledades (II, línea 63); colmará la colmena y la columna (IV, línea 209); cántaro y cántico (V, 243). Como siempre, esta estructura se refiere mayoritariamente al pueblo, sirve para describir prioritariamente al colectivo¹¹.

No se trata, evidentemente, sólo de recursos retóricos, habilidad técnica. Se nos quiere hacer compartir la experiencia del pueblo a través de la materia misma que tenemos frente a nuestros ojos lectores, que el poeta moldea y ordena como el pueblo lo hace con el tiempo: el lenguaje y su organización.

Además del estribillo, cuyo sentido veremos posteriormente, existe otro uso de la repetición que quizás recapitula y sintetiza todos los demás. Hay a lo largo del poema una serie de imágenes bastante especiales, en que ambos términos de la metáfora son idénticos entre sí, en que las dos experiencias o niveles de realidad son espejos el uno del otro: silencio del silencio, la puerta de todas las puertas, el día de cada día, la herida de su herida. Cada una de estas figuras nos otorga dos tipos de revelaciones: una sobre la esencia de la palabra y otra sobre su extensión. Podríamos decir que viajamos hacia adentro y hacia afuera a la vez. El silencio del silencio es lo más representativo, íntimo, lo más cierto, sustancial e indiscutible del silencio, su elevación (o reducción) a emblema, a símbolo. Pero es también un silencio que engendra, que se multiplica, que se masifica, que es hijo y padre de sí mismo. La preposición “de” tiene funciones diferentes y ambivalentes, y aquí simultáneas. El día de cada día queda depurado de su contingencia, queda esencializado. Pero contiene asimismo el cada día que vendrá, la repetición nos hace sentirlo repartido, extendiéndose, contagiando a otros. Eso permite transitar sin problemas desde el cada al todos, que es la universalización y totalización de una tendencia hacia la vastedad que ya contenía en sí mismo la palabra día.

La estructura del lenguaje escolta y anticipa lo que ocurre con el tiempo.

Entendemos —no sólo por medios intelectuales, sino por nuestra experiencia material de lectura— que a ese “pronto”, a ese “un día” sólo se arriba habiendo atravesado fatigosa y gloriosamente por lo que cada jornada acomete (sufrimientos y soluciones concretas), creciendo dentro del cada y del día, metiéndose más adentro y más afuera de ellos. Es imposible dar un salto inmediateista a ese “pronto”. Por eso el pueblo abrirá la puerta, pero también se abrirá la puerta. Hay un equilibrio entre actividad y proceso, entre reducción a la esencia y multiplicación del esfuerzo. Se es marcha en marcha dentro del ahora repetido. El aprendizaje de cómo abrir la puerta, de los caminos para acumular más fuerza y más claridad, se hace en la meteria tibia y dura y cotidiana de lo real.

Esto ya no se dice entre paréntesis.

Estamos dispuestos para ver al pueblo actuando en su presente, llevando a cabo las tareas que son nacimiento o incitación del futuro.

11. Esta aliteración produce “un proceso de intensificación de los apareamientos (couplings)”, para usar la expresión de Samuel R. Levin, *Estructuras Lingüísticas de la Poesía*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1974, p. 71.

VI

Se ha anticipado el futuro (I parte), se ha limitado el alcance y portento de ese futuro (II parte). La tercera se abre eliminando el signo de interrogación que custodiaba la lejanía o la cercanía, equiparando ambas medidas temporales, capaz de situarse ya en una fecha histórica concreta, cronológica, el 11 de setiembre de 1975, en que se conmemora la primera muerte (la de Allende) y los dictadores celebran su victoria. El poeta se coloca, por ende, en la pared más íntima de la derrota, en el presente que debe ser vivido tarea y tarea, ese frágil hoy tras hoy que resguarda la posibilidad de un pronto mañana.

La tercera parte, por lo tanto, se va a constituir en el eje, en el centro, en el fundamento de lo que se ha anticipado. A esto coadyuva el hecho de que, siendo la más larga (superior a un tercio del total), esta parte se encuentra en la mitad casi simétrica del poema (la anteceden 91 líneas de la I y II juntas, y la siguen 87 líneas de la IV y V): veremos al pueblo en acción dentro del silencio, las modalidades del susurro triunfal que se hace campana a medida que el enemigo dejará de celebrar su bullicioso pero perecedero brindis. Las características de este enemigo —no sólo acá sino que cada vez que se lo menciona— se contraponen a las del pueblo: escasa perdurabilidad, agonía incesante, parto malparido, pólvora estallada. Casi se podría decir que son la antirepetición, son la contradicción entre apariencia y realidad.

Frente a ellos, en cinco largas estrofas, el pueblo, pujando su silencio activo, haciendo lo suyo “en el silencio”. El pueblo como constructor de su indiscernible nido propio, monosilábico, debajo, al lado, más allá de la desgarradura. El pueblo como comunicador, adiestrándose en los métodos más primitivos para reanudar el contacto, para multiplicar la voz que no se ha apagado. El pueblo explorando a fondo cada día con su trabajo, convirtiendo cada jornada en un año, en un aniversario, en una fecha memorable por haberla meramente enterado. El pueblo recibiendo como recompensa por haber sembrado palabras, el crecimiento que es su herencia más vegetal.

En este silencio repetido, dinámico, hay posibles virtudes. Es el valle donde el pueblo puede repensar, repesar, la verdad de las cosas, permite recuperar la exacta dimensión de una flor. Pasar por la muerte, por el dolor, por el hambre, por la casa en ruinas, es también una manera de comprender el valor del cereal y de lo simple. La estrofa en cuestión (133-160) despliega algunos de los descubrimientos que el pueblo va a cosechar en su odisea. En lo fundamental, significa la comprensión de su propio ser colectivo, las formas particulares que toma lo masivo. Se recupera

“el utensilio común de lo distinto,
el ceremonial cercano de lo distante” (136-7).

El primero de estos versos enuncia que lo que es diferente no conduce en forma inevitable a una separación de caminos, que puede usarse entre todos lo que es distinto en cada cual, que no hay antagonismo entre el desarrollo personal y el social. Este descubrimiento desmiente la supuesta contradicción entre libertad individual y derecho social que es una de las armas ideológicas fundamentales que usa el imperialismo

para separar a los aliados de vastas clases sociales¹². El segundo verso reitera la concepción del tiempo ya examinado: lo lejano se conoce, Puebla y arrima a través de un ceremonial inmediato, los ritos cotidianos posibilitan la práctica del futuro.

Pero el aprendizaje más cardinal se personifica en la metáfora de los dos árboles vecinos pero separados que nacen juntos en la tierra y se reconocen como amigos al ser "protagonistas de la sombra compartida" (144-5). Esa sombra se comparte en dos sentidos: en cuanto ambos viven en la oscuridad que les cae desde afuera, en cuanto ambos están protegiéndose mutuamente (y a otros fatigados peregrinos) de la inclemencia. La sombra, como el silencio, no es sólo una condición limitante, sino también algo que se arroja en medio de esa limitación para identificarse. Sufrir y solucionar en conjunto permite superar las divisiones del pasado, reconocer el enemigo, forjar una unidad que siempre debió existir. El silencio elimina el ruido falso y da lugar a que el verdadero pueda declararse.

Esta imagen natural contiene una serie de interpretaciones concéntricas, cuyo sentido se profundiza a medida que leemos. En primer lugar, quienes observan tales rasgos en los árboles, pueden proyectarlos a su propia vida cotidiana. La experiencia de un hombre (o sector) del pueblo frente a otro (hombre o sector) se reconoce en la de los árboles. En su segundo nivel, nos sentimos llevados a buscar los equivalentes en el universo político de Chile, estableciendo aquí una alegoría que vale para la unidad popular y la democracia cristiana, para los marxistas y los cristianos, para las diversas clases sociales cuyos intereses objetivos son coincidentes, para los diversos sectores que deberán formular en conjunto un amplio frente contra el fascismo.

Este tipo de lenguaje, que tiene un doble sentido, que alegoriza o simboliza, y exige al lector un esfuerzo por identificar en los problemas del árbol todas las formas de división que lo asaltaron en el pasado y que todavía impiden la unidad, es típico de un código lingüístico usual bajo una dictadura. Aunque se trata de un poema clandestino, publicado en una revista ilegal, Eloy Diego reproduce en sus palabras un universo lleno de símbolos y significados ocultos, como el que se habla públicamente bajo cualquier régimen de terror. El valor de este tipo de lenguaje es justamente su traducibilidad a otros términos, su referencia en realidad a otra dimensión que lector y autor comparten (como la sombra y la tierra) pero que el enemigo no puede admitir ni comprobar. Este constan-

12. Dice Hermann Schwember. en "Educación, Comunicaciones y Cultura", artículo preparado para el Seminario de Cristianos Chilenos en Nueva York en septiembre de 1976, que agrupó a determinados dirigentes demócratacristianos y personeros de la Unidad Popular en el exterior: "Ahora bien, la mistificación ideológica de la derecha ha tenido éxito en convencer a casi toda la sociedad respecto de dos grandes mentiras: la oposición fundamental entre libertades individuales y derechos sociales, y la libertad ilimitada de poseer como condición necesaria de las otras libertades... En consecuencia pienso que la condición fundamental (A.D. para una nueva democracia consecuente y auténtica) en el plano de los valores es la construcción, a través de una práctica socio-política y de una reflexión activa, de ese cuerpo de valores o normas que armonizan las libertades y la autonomía individual con los derechos sociales. (p. 19 de una copia mimeografiada. Reproducida después en el Boletín *Chile-América*, N° 25-26-27, Roma, nov-diciembre 1976, enero 1977).

te sentido alegórico naturalmente empobrece y limita la fuerza poética de las imágenes, pero tiene una gran eficacia política inmediata¹³. El lenguaje existe sólo para ser equivalido en la contingencia chilena reconocible.

Los árboles también refuerzan la noción de tiempo que ha manejado el poeta. Ellos se enemistaron “un día”, pero el enemigo es de “todos los días”. Por eso son los “nuevos amigos de siempre”. Se ha comprendido sólo en esta última época la *novedad*, pero siempre ha sido así, esencialmente, un *siempre* que corresponde tanto a su origen común como a la primavera hacia la que ambos árboles crecen. Por eso, las cosas pueden ser restituidas “a su lugar de siempre” (primeros versos del poema): basta con llamarlas por su nombre verdadero, para lo que cual hay que superar el silencio. Ese *siempre* no ha existido nunca plenamente en algún momento histórico para el pueblo: ha tenido experiencias de mayor cercanía (como las del gobierno de la Unidad Popular), pero es desde el futuro que esa dimensión esencial y permanente ilustra el ahora.

Los próximos versos robustecen esta aseveración:

“prepara el pueblo cada día/ el día que vendrá, cuando/ emerge de la noche,/ alegre y sudoroso,/ veterano y renovado, desde/ el prolongado combate ya librado,/ desde los duros combates/ que se adivinan en el perfil de los días venideros...” (171-179).

Se nos ensancha aún más el concepto de cada día, que hasta ahora se nos ha acrecentado en cuanto ahí se realizaban los reconocimientos, aprendizajes y tareas. El ciclo de 24 horas anticipa el más largo de la victoria, porque nutrir el sol durante la noche es garantizar el amanecer definitivo, la primavera detrás de la puerta abierta. Pero además es el pueblo el que emerge de la noche, es idéntico a ese cada día lleno de luz. El pueblo no sólo asegura la salida del sol sino que se convierte en él. Cada novedad es una forma (en acción y palabra) de la profecía, que acerca y conquista la dimensión siempre del pueblo, un modo en que lo concreto y lo permanente se encuentran. El tiempo que hay que atravesar para llegar al porvenir es igual al pueblo que lo cruza: el tiempo *es* el pueblo.

De ahí que pueda salir “veterano y renovado”, desde el siempre y desde el ahora contiguo, desde lo que se libró y desde el futuro, desde la noche-silencio-sombra compartida (cada día que se ha logrado sobrevivir, unirse, cada día que genera el próximo en una cadena hacia el inicio remoto y cercano, aunque siempre cotidiano, del pueblo) y también desde el después. Desde el nombre verdadero de todas las cosas.

13. En general, podríamos afirmar que la obra de Eloy Diego carece de lo que Michel Le Guerin llama metáforas dinámicas: “Las metáforas más apropiadas para persuadir, las que provocan con mayor seguridad la reacción afectiva buscada son las metáforas dinámicas, es decir, las marcadas por un movimiento que las hace transformarse. En lugar de cristalizar en alegoría y en símbolo, en virtud de correspondencias captadas por el intelecto y destinadas a suscitar una apreciación de orden estético, la imagen dinámica lleva, debido al movimiento que ella misma genera, a otra imagen, a un encadenamiento de imágenes” (en *La Metáfora y la Metonimia*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1976, p. 85). Esta limitación es consustancial a toda poesía política y más aún a la que quiere influir o intervenir en la contingencia.

La tercera parte (igual que las dos anteriores) se resuelve en un verbo en futuro, anticipando nuevamente el momento de la victoria, "lejos y adivinable" (adivinar es trabajar el futuro hoy). Pero ha habido un paso más allá de la impersonalidad, la abstracción, de la primera parte. Lo que allí acontecía en forma pasiva y exterior al pueblo, es aquí producto de su actividad, el pueblo como fuente de la primavera, de la paz, de la reunión de la pareja.

Esta situación de mayor intimidad se va a trascender a su vez. Desde la pareja pasamos al hombre y la mujer que llevarán a cabo, en tercera persona del plural, lo que se hará el día en que se abra la puerta: retornarán, apagarán, prodigarán. El ente múltiple se ha hecho pareja, y de ahí un ellos, personajes más concretos e íntimos. Este movimiento hacia adentro no se queda ahí. Ellos no se han de absorber el uno en el otro, sino que incluyen a otros, en "la mirada, la mirada nuevamente prolongada". Del "se" hemos pasado al pueblo, del pueblo a la pareja, de la pareja a cada uno de sus componentes derrotando pluralmente el silencio y ahora desde ellos se vuelve a extender hacia la muchedumbre de miradas, que salen a buscar, a prolongarse, porque hay mucho para reconocer, muchos hermanos y hermanas para ver.

Estamos preparados para la fiesta de la victoria.

VII

"Un día" cede su lugar a "ese día".

Nos acercamos al futuro hasta el punto de poder imaginarnos la celebración, no en el trabajo cotidiano o en el silencio, sino en la inmensidad de la fiesta popular.

A ella asistirán los que han realizado la hazaña normal de la solidaridad, los que vivieron a fondo el sol de cada noche, los que profetizaron el futuro con murmullos verdaderos. Esas palabras, que tienen una carga casi bíblica, sólo puede ser dichas por quienes comparten la noción de tiempo que hemos venido descubriendo, confianza en la condición siempre y nueva de las cosas. Pueden asistir a la fiesta quienes juraron, en el peor abismo de la derrota, que se puede recuperar lo perdido, que se puede aprender nuevamente lo olvidado, que se puede recomenzar lo que se dejó sin terminar, y lo pueden hacer porque la victoria no es otra cosa que eso, recuperación de lo que se creyó perdido, aprendizaje pleno de lo que se olvidó, culminación de lo que quedó trunco. La fiesta que se desarrolla detrás de la puerta no es más —ni menos— que la realización de las palabras que se pronunciaron cuando era fácil y tentador desesperarse, no —esperar.

De ahí que no nos puede sorprender el afirmativo (Sí) que encabeza el estribillo con que finaliza la cuarta parte. Ese afirmativo ha logrado liberarse del paréntesis, de toda certeza marginal. Ha ganado en ritmo, en dramaticidad, en lenta certidumbre. Y hemos convertido fuerza incontenible en pueblo, la suma de tareas renovadas y perennes.

Es evidente que la reiteración del estribillo, con sus variaciones, es una forma sonora y significativa de expresar no sólo el avance del pueblo sino la conciencia cada vez más concluyente de ese avance dentro del poema. En cada ocasión en que aparece, se carga de más trascendencia, surge (emerge), como el pueblo mismo, de la materia diurna de sus tareas, como el resultado poético culminante de todo lo anterior. Esta es

la primera vez que se repite palabra por palabra los versos originales del poema (las otras dos veces se dieron variaciones). Pero ahora hemos recorrido (pasado, II, presente, III, y futuro IV) la historia del pueblo, hemos fundamentado esa anticipación en lo que el pueblo ha sido y es y será. El estribillo ha sido como un rito, una tarea poética cotidiana, como el verso de cada día, el verso de cada verso. Tres de las cuatro secciones se han iluminado con la idéntica conclusión, pero entre una mención y otra hemos reunido las experiencias, hemos relativizado, explorado, presenciado todo lo que amplía su significado o limita lo que podría haber de falso en él. Ha sido un ensayo cada vez más perfecto, una certeza que se va afinando y impregnando de verdad. Son como olas, aunque olas sin resaca, desde cuya solidez vuelve a brotar otro sonido, otra campana, otra ola más.

Esta estructura iterativa vertebró el conjunto del poema, como una atalaya que manda adelante un ejército para alentar el avance y que manda mensajes sobre la tierra prometida. Es parte de una misma visión básica de Eloy Diego que se materializó en la repetición de palabras, en la rima irregular, en las metáforas que revelan esencia y extensión.

Esta última vez en que se consolida el estribillo sirve otra función más. Unifica entre sí las primeras cuatro partes, que forman un todo frente a la quinta y última. La profecía se nos ha mostrado auténtica, se ha repetido cada día y cada estrofa hasta consumarse hacia el futuro.

Es la conclusión del viaje, y entramos ahora a un clima especial, una atmósfera diferente, un mundo donde hay lugar para la presencia del rostro individual del poeta.

VIII

El final del poema remata una triple evolución: desde el silencio a la palabra recuperada; desde el futuro abstracto en que el pueblo es inactivo hasta un futuro concreto, personalizado; desde la profecía hasta su realización fundamentada.

Este viejo múltiple culmina y se cristaliza en la presencia de alguien que había quedado voluntariamente al margen en las cuatro partes anteriores: el propio hablante, su punto de vista individual, su existencia como integrante de ese pueblo a lo largo de la lucha. Por un fronterizo momento en la primera parte, había establecido su presencia como nosotros desde el pueblo ("se nos debe la primavera"). Si bien se rechaza el yo solitario, y esa primera persona del plural va a tipificar algo más que una perspectiva reducida, no cabe duda de que sólo ahora, después de la victoria, podemos tener acceso a los sentimientos, a la interioridad, a la mirada, de una persona específica. Nos hemos ido acercando progresivamente a esta posibilidad. El poema se ha mantenido en un nivel de abstracción, impersonalidad, distancia épica, solemnidad apartada; y ha sido necesario lentamente modificar ese estado de ánimo, tal como lo pasivo se ha vuelto activo, el pronto en un día, en cada día, en ese día.

El poeta-nosotros se permite aparecer solamente porque el pueblo del cual se siente miembro está ahuyentando ese día el silencio, poniendo las cosas en su lugar de siempre, con su nombre verdadero, reuniéndose con los suyos, es decir, el hablante puede referirse a sí mismo porque se ha abierto la tan mentada puerta.

Sin embargo, en esa circunstancia en que el pueblo es pueblo en voz (a semejanza de "en marcha"), en que profecía se ha hecho realidad, palabra paraíso, él se excusa de sumar su garganta a las de los demás. Va a callar.

Puede parecernos raro que después de años de construir con otros el susurro que prepara el verso, cuando ese verso puede tejerse a la luz del día sin torturadores ni canallas ni altoparlantes, el poeta opte por el silencio. Y más aún si nos fijamos en que no sólo elimina su lengua y boca y esófago, sino que además destierra sus brazos, que habrán partido a llevar a cabo la tarea definitiva de barrer lo terrible y unir lo hermoso. Se ha llegado a ese día atravesando el desierto y el río de cada día y todos los días, hemos desembarcado por fin al pronto, al un día pronosticado, y paradójicamente el profeta que prestó sus entrañas al pueblo para anunciar ese futuro no quiere gozar de la plenitud eufórica de un porvenir que él mismo anticipó. Casi como Moisés en el borde de la tierra prometida. Casi se podría sospechar que el hablante se vuelve problemático y prefiere la tentación de tantos otros poetas contemporáneos cuando ya se ha dicho lo necesario¹⁴, desconfía de su capacidad de seguir pronunciando bien ahora que el combate ha cesado. ¿Se asomará Eloy Diego a otra concepción de la poesía, más desconfiada de los alcan- ces de la palabra, de ese "nombre verdadero"?

Esa actitud, sin embargo, no es tan extraña. El poeta-nosotros no va a aprovechar la victoria para alterar lo que ha predicho ni aprendido. Va a seguir siendo fiel al pueblo y a la forma en que ese pueblo ha conquistado el tiempo. Si en el pasado él habitó el futuro sin rehuir la dolorosa travesía del instante tras instante, hoy en el futuro va a permanecer idéntico a la enseñanza del pasado, a aquello que era "siempre" así. El narrador vive —en el remolino de la reunión— exactamente cómo lo hacía durante cada uno de los días anteriores silencioso, sin brazos, todavía un resistente. Todo era pasivo, proceso, suceso, circunstancia, y había que concentrarse en la pequeña, minúscula amorosa concreción para avanzar. Ahora todo está controlado, se ha ganado, ha desaparecido el "se" y la actividad se ha apoderado de voz y manos. No son palomas ni helicópteros ni terrores quienes protagonizan el amanecer: son seres humanos y él entre ellos. Prefiere, por eso, seguir por un instante eterno y leal, habitado por el pretérito, por cada combate librado. No ha perdido en el momento de abrir la puerta de todas las puertas, la experiencia de todos los años. Ese día, pese a su maravilla mágica, su ruptura con la muerte, su superación de la miseria y la oscuridad, no es tan diferente de los otros. Gran homenaje a la lucha incesante, ese día puede seguir siendo uno más entre tantos. Aun en medio del triunfo, Eloy Diego no desea transformar la fiesta en cometa, en paraíso estridente, niega la absolutización de la victoria, mantiene caliente su visión del futuro como lo que estaba contenido en la sucesión ardua del hoy y del ahora y del aquí. Estar mudo como ayer, sin brazos como ayer, en un día tan anhelado, va a permitirle reiterar el descubrimiento esencial, lo que une al pueblo de la derrota y de la victoria, el fundamento de la victoria en medio de la derrota: está rodeado en la gloria de lo mismo que lo rodeó en la miseria, de lo único que no podía faltar y no faltó, de lo único que ayudó no sólo a anticipar el futuro sino que finalmente instalarlo.

14. Cf. George Steiner, *Language and Silence*, Penguin, 1969, el capítulo "Silence and the Poet", pp. 57-76.

La solidaridad.

Se marca la victoria con su verdad: es la posibilidad de que aquello irrumpa a la luz pública, que lo que avanzaba en lo subterráneo pueda surgir en la primavera de todos, que lo que se escondía rumoreo pueda vibrar en el oído repartido de las voces que son condición para escuchar. Para ganar, el pueblo ha debido conquistar previamente cada pedazo de la eternidad que le pertenece, ha debido ejercer y madurar y construir más allá de lo que algunos llamarán heroísmo. El contenido del futuro no es otra cosa que lo que los hombres pusieron para llegar hasta él. Cada día se habitó el futuro en cuanto se luchó desde ese siempre, desde la estrella firme, desde la raíz y el mar. Se ha ensanchado ese día, se lo ha multiplicado, se lo ha intensificado, se lo ha hecho persona y plural, íntimo y entendible, se ha garantizado que el próximo volverá luego de la transitoria oscuridad, se ha creado el mañana paradisiaco en la acción del hoy cotidiano, se ha procreado las voces del amanecer con las voces suaves de los que supieron resistir, se ha alzado el abrazo del mediodía con las manos dentro de las manos del ayer.

Esta noción culmina y se enriquece en la última imagen del poema, al propiciar el “inmenso territorio de cada día”. Hemos sido preparados para esta idea, porque aquí se entrecruzan y encuentran las dos formas de exploración de la incontenible extensión del pueblo, los dos dominios que lo componen: el tiempo y el espacio. Porque a la vez que se ha conquistado el tiempo, extrayendo madrugadas de la noche, el pueblo ha colonizado imperceptiblemente la naturaleza, la geografía que igualmente se le prohibió. Incesantemente, sin que nos diéramos cuenta, el pueblo ha sido expresado como tierra y sus frutos: crecimiento vegetal, árboles, diente de ajo, flor, raíz, arveja, legumbre, verde pradera, sol.

El día es un territorio y avanzar hacia el futuro es aproximarse en el espacio hacia los millones de otros que en el innumerable aquí hacen lo mismo. El pueblo realiza su esencia, su siempre, se desviste de lo accidental en cuanto se multiplica en la tierra y en el tiempo. El movimiento hacia adentro y hacia afuera son simultáneos. Actividad y proceso son dos caras de una misma lucha.

Hemos llegado a la última extensión de un ser que desde el principio se nos ha presentado como múltiple y enorme y sustancial.

El pueblo se ha ido revelando bajo sus sucesivas fases de tiempo, de tierra, de solidaridad, y cada una de ellas son puentes que expresan y enlazan a las demás.

La primavera que se ha anticipado, entonces, al comienzo del poema, existe adentro del pueblo cada vez que se cubre las calles con la sangre propia para que no haya más sangre perseguida. El sonido de las voces puede brotar mañana porque al silencio del desierto y de la sal se opuso el silencio activo del hombre y de la mujer. Profetizar el futuro es fundar hoy cada trozo de la patria con el nombre verdadero de su liberación. La garantía de la democracia que tendremos está en la solidaridad que poseemos y entregamos hoy.

Por eso Eloy Diego siente la obligación de hablarle a quienes han sido sus enemigos de ayer, pero que propone como aliados de hoy y de siempre. Por eso busca mantenerse dentro de un lenguaje comprensible para ellos, repitiendo, esencializando, queriendo compartir experiencias muy simples. Lo hace, porque no tiene dudas sobre el futuro que les ofrece.

Su visión es coherente. La tierra es solidaria, el tiempo un hermano, el día una inmensidad llena de horizontes.

El héroe no es espectacular ni el verso tampoco. Al hombre normal, al hombre de cada hombre, lo pueden divisar en cualquier esquina, detrás de las efímeras ametralladoras, caminando a la fábrica o al campo, atreviéndose a convertir la oscuridad de cada paso en luz. Hombres y mujeres comunes y corrientes.

Profetas.

Profetas en su tierra.

apuntes

Revista Semestral de Ciencias Sociales
Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico

NUMERO 7 EN CIRCULACION

JAVIER TORD : **Sociedad colonial y fiscalidad** / MANUEL ROMAN : **De la marginalidad rural a la marginalidad urbana** / LUIS BUSTAMANTE : **Bases conceptuales del Derecho Social** / HERACLIO BONILLA : **Estructura colonial y rebeliones andinas** / CESAR PACHECO VELEZ : **Unamuno y Riva-Agüero : un diálogo desconocido** / HECTOR MALETTA : **Introducción bibliográfica al problema de la transformación** / ENCUESTA SOBRE CRISIS Y POLITICA ECONOMICA : **César H. Cabrera, Claudio Herzka, Javier Iguñiz, Felipe Ortiz de Zavallos, Iván Rivera, Jürgen Schuldt, Rosemary Thorp** / RESEÑAS DE LIBROS.

DISTRIBUCION Y VENTA :

Librería de la Universidad del Pacífico, Avenida Salaverry 2020,
Jesús María, Lima 11, Teléfono 71-2277.